

«¡NUNCA HEMOS VISTO NADA IGUAL!» (Mc 2,12)

LECCIÓN - 3

«Nunca hemos visto nada igual» (Mc 2,12)

por Pierluigi Banna*

«Jesús les contestó: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará”» (Jn 12,23-26).

Esta era la gran razón que dominaba todos los sentimientos de Cristo. No es una filosofía. Y, por favor, no digamos: «Él es estupendo, pero yo no soy capaz». Yo soy el primero que no soy capaz. Pero este no es el problema ahora. En este momento tenemos que mirar simplemente la “buena razón” de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

Guiado por esta buena razón, se conmueve y rompe a llorar porque su amigo Lázaro ha muerto (cf. Jn 11,33-35); se enfada con los que transforman el templo en un mercado de objetos religiosos (cf. Mc 11,15-19); llega incluso a estar cansado por todo lo que cura a la gente, por todo lo que les habla (cf. Jn 4,6); va en busca de todos los hombres, porque son como ovejas perdidas, sin pastor (cf. Mc 6,34). Todos los sentimientos, tan profundamente humanos, que llenaban Su corazón, todas las fatigas que gustosa y libremente afrontaba, estaban ordenadas a una sola finalidad, dentro de la obediencia al Padre que nunca le había traicionado, tenían una sola razón: dar la vida para desbloquear al hombre de sus condicionamientos —como decíamos ayer por la noche—, para liberar al hombre de esta dictadura de las emociones, para abrir finalmente su corazón y su razón.

No hace falta que sea católico para comprender todo esto. Me ha impresionado que algunos de vosotros que estáis aquí, y que no sois católicos, ante la pregunta: «Pero, ¿por qué venís?», hayáis respondido: «Porque aquí sale a la luz mi humanidad, aquí se habla de mí». Otro me ha dicho: «Cuando hablas de Dios no te sigo mucho, pero cuando hablas de las relaciones, dices cosas verdaderas». Jesús no necesita, como diría el papa Francisco, prosélitos, gente que tenga el carnet y pague el peaje por pertenecer al grupo diciendo: «Sí, sí, no te preocupes, voy al encuentro». Jesús solo tiene una preocupación: liberar al hombre y hacer que pueda sentirse por fin él mismo. ¿Incluso al hombre que le rechaza? ¿Incluso al hombre »

* Lección en el Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rimini, 14 abril 2017.

» que le odia? ¡Sí! Incluso a Judas, incluso a mí. A Jesús le caracterizaba la conmoción por la nada que es el hombre, hasta tal punto que se conmovió incluso por la traición de los suyos. Como dice don Giussani (en la página 33 del cuadernillo)**: «Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. [...] “Me he conmovido porque tú me odias”. Es una emoción, es como una emoción; es una conmoción, contiene una conmoción» (*¿Se puede vivir así?*). Desde el primer día de su misión, todos los sentimientos de Jesús estaban marcados por esta conmoción por cada uno de nosotros; vivía todo para consumirse en esta pasión por el hombre, hasta llegar a morir. No muere por el odio, sino que muere por amor al hombre. Escuchemos ahora *O côr soave* (en la página 34), que dice que Jesús no murió a causa de un cuchillo puntiagudo, de la violencia de los hombres, sino que se inmoló, murió a causa del amor, por una flecha disparada por el Amor en persona.

O côr soave

«Me he conmovido porque tú me odias». Parece imposible que un hombre pueda amar tanto que ofrezca su vida por quien le odia. Parece imposible, pero ha sucedido. Sus amigos le veían vivir así continuamente, y continuamente decían: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Lo decían desde el primer día en que se encontraron con Él, por su pasión continua por cada hombre, por su pasión por mí, por mí tal como soy, con todos mis límites evidentes (¡más allá de las apariencias!). Desde el día en que los dos primeros se encontraron con Él, no dejaron de repetir esta frase («¡Nunca hemos visto nada igual!»), sorprendidos por su personalidad tan capaz de penetrar hasta lo más íntimo en sus personas, de descubrir su carácter. No se trataba solo de una impresión ocasional, de un sentimiento fugaz.

Muchos de vosotros describís así el encuentro que habéis tenido con GS: por fin alguien que no os juzga; sentís que os desbloqueáis; sois conscientes de que no sois perfectos, sino que sois preferidos, y no por alguna cualidad especial; os sentís simplemente abrazados. Como cuenta uno de vosotros: «Por primera vez en mi vida, he encontrado en medio de las dificultades una presencia para mí, que va más allá de lo que soy y que siempre consigue ir más allá de mi malestar, empujándome a sacar siempre lo mejor que hay en mí».

Entonces, decir: «¡Nunca hemos visto nada igual!» delante de ciertas experiencias que sacan lo mejor de nosotros mismos, ¿no es una emoción que pasa? No, porque siguen sucediendo los hechos, hechos tan “explosivos” que una y otra vez vuelven a abrazarnos, a aferrarnos, nos reconquistan y no dejan que nos emborrachemos de emociones, sino que nos hacen ir al fondo de estas y hacen que crezca el afecto en nosotros, nos llenan de una pregunta – que surjan preguntas es un signo precioso–: «Pero, ¿quién eres Tú que frente a mí, a mi pequeñez, a mi nada, me das todo esto?», escribe uno de vosotros. Y una amiga nuestra, hablando de todo lo que le ha sucedido después de la muerte de su madre, pregunta: «¿Quién es el que puede hacer que incluso un hecho trágico sea algo maravilloso?». Otro se siente conquistado por el movimiento y dice: «Está bien, porque es el comienzo». Pero después invita a sus padres y también ellos están contentos. Y entonces podría decir: «Sí, pero yo no soy capaz. Ya ha pasado la emoción del principio». Y sin embargo invita también a sus abuelos y también ellos se quedan fascinados. Después hace algo “imposible”, casi comparable a la resurrección: ¡invita a su profesora de matemáticas! ¡Y también a ella le interesa! ¿Os dais cuenta? La profesora de matemáticas: ¡es la revolución del cosmos! Si conquista el corazón de una profesora de matemáticas, ¡quiere decir que puede conquistar a todos! No lo digo »

** El cuadernillo «¡Nunca hemos visto nada igual!» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» porque yo la haya tomado con las profesoras de matemáticas –tengo el máximo respeto por ellas–, lo digo para subrayar lo grande que es Cristo.

Desde el primer día de su vida hasta el último, los apóstoles se hallaban delante de ciertos hechos que abrían por completo sus preguntas; fue un continuo sorprenderse de todo lo que Él hacía, de cómo sabía mirar la enfermedad, de cómo no condenaba a los pecadores, de cómo sabía poner en la picota a los sabios de la época, pero sobre todo, de cómo percibía hasta el fondo su humanidad, hasta tal punto que no dejaban de repetir: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Y al igual que nuestro amigo invitó a su profesora de matemáticas, también los discípulos se preguntarían: «¿Quién eres Tú que has tomado tal iniciativa en nuestras vidas, que nos has conquistado de este modo? ¿Quién eres Tú? ¡Nunca hemos visto nada igual!». Y también yo lo repito, pero no impulsivamente, como lo puedo decir frente a una puesta de sol o a una velada bonita. Yo digo: «¡Nunca hemos visto nada igual!» delante de una presencia, y quiero ir detrás de ella, quiero conocerla mejor, no quiero dejarla nunca. Como cuenta uno de vosotros, que ha conocido a algunos de GS trabajando este verano en un hotel, y que se queda impresionado de cómo le tratan, es decir, como a un hermano, hasta el punto de que le invitan a las vacaciones; pero él les dice: «No, yo no soy un tipo de Iglesia», y lo deja pasar. Cambia el turno de trabajo y llegan otros bachilleres que no conocen a los de antes, pero él ve que también ellos le tratan como a un hermano, como a un amigo, está bien con ellos; y entonces pregunta: «Pero, ¿quiénes sois?». «Somos de GS». Y él: «¡Ahora sí que voy con vosotros a las vacaciones!». No es la emoción de un instante, es una presencia que sigue sucediendo y que le hace tener cada vez más afecto por estos amigos nuevos. Las vacaciones son preciosas. Termina el verano y ese chico piensa: «Bueno, ahora volveré a la vida de antes» (¿os acordáis de *Non son sincera*, que hemos escuchado al principio?). Vuelve a la escuela, pero cambia de clase. Tiene un compañero nuevo de mesa, que le dice: «¿Por qué no quedamos a estudiar juntos una tarde?». ¡Qué conversaciones tan estupendas con este compañero de mesa! Tiene una humanidad sincera. Entonces él empieza a contarle el verano y su compañero le dice: «¡Yo también he conocido GS!». Entonces empiezan un grupo de bachilleres en su escuela. Nuestro amigo termina así su relato: «Hoy esta compañía forma parte de mi vida cotidiana». Una afirmación como esta no depende de que nuestras emociones duren; la cuestión es que ciertos hechos son testarudos y no nos dejan. Y nosotros, con todo el torbellino de nuestras emociones, tenemos que hacer cuentas con estos hechos; porque podemos ver si nuestras emociones, nuestras dudas, nuestras preguntas, pueden enfocarse para comprender si estos hechos son verdaderos o no.

El último hecho que me ha conmovido verdaderamente, porque parece llevarnos hasta el año cero de la Iglesia, tiene que ver con un amigo nuestro que procedía de una familia atea, y que por ese motivo no sabía nada de religión. Pero un domingo su hermano pequeño va jugar al fútbol a la parroquia, vuelve a casa y cuenta lo que se hace allí. «Nos quedamos sorprendidos –cuenta– de que un niño fuese a la parroquia incluso los domingos. Después de algunas semanas, volvió a casa y nos explicó la misa; otra vez nos quedamos asombrados. No le hicimos mucho caso; como es un niño, cada cosa nueva que ve le resulta sorprendente. Las semanas siguientes sucedió lo mismo, y después de algún tiempo mi madre empezó a interesarse [¿entendéis? Al final, todas estas posibles emociones tienen que hacer cuentas con los hechos que siguen sucediendo]. Nos mudamos a otra ciudad [podría parecer que todo había acabado]; casi enseguida yo conocí GS y mis padres CL. Un fin de semana que estábamos juntos en casa empezamos a hablar de esto, una reflexión detrás de otra. Le dimos la razón a mi hermano [enfocaron sus prismáticos frente a estos hechos y dijeron: “Quizá por todos estos hechos él tiene razón”]: existe sin duda algo verdadero y bello cuya existencia no conocíamos. No sabíamos ni siquiera qué era una misa o el cristianismo; entonces decidimos bautizarnos. Pero no terminó aquí la cosa [no es suficiente la emoción por el Bautismo re- »

» cibido]. No había cambiado solo el hecho de pasar de ateos a cristianos, sino que cambió todo. La mirada a la hora de ver las cosas, la actitud, la relación en casa... Antes mis padres eran muy superficiales en la vida cotidiana, eran incomprensibles, mientras que ahora es algo precioso; a veces esperan despiertos a que vuelva de GS para que les cuente qué tal ha ido. Con respecto a la afirmación “Nunca hemos visto nada igual”, yo digo que verdaderamente nunca había visto nada igual, ¡verdaderamente nada! ¿Ha cambiado algo? ¡Sí, ha cambiado todo!».

Desde hace dos mil años, de forma testaruda, obstinada e irreductible, suceden en la vida de cada uno de nosotros hechos –que se repiten en el tiempo, no por un esfuerzo nuestro o por un convencimiento de las personas, sino simplemente por iniciativa del Misterio en nuestras vidas–, suceden hechos que suscitan emociones, emociones que piden que vayamos detrás, que provocan preguntas, que generan afectos y un apego sencillamente si no nos quedamos en la superficie del miedo o del asombro.

«¿Quién eres tú?». «Esta compañía forma parte de mi vida cotidiana». «¿Ha cambiado todo!»: ¿Es esta una emoción sin razón o es un sentimiento nuevo de la vida, fruto de una comparación con el corazón, que permite vivir y que genera un afecto nuevo? No es una simple emoción que gira en el vacío sino, como dice Giussani (en la página 33), «el asombro inicial [de los discípulos] era un *juicio*», y no un juicio frío, sino «*un juicio que les hacía estar pegados*»; «era como un pegamento» (*El atractivo de Jesucristo*) que les hacía estar cada vez más apegados a Él. Es un juicio lleno de afecto. No es una emoción que se sacia de sentimientos, sino el descubrimiento de alguien al que yo me apego, al que puedo entregar toda mi debilidad y todas mis preguntas, al que puedo decir: «Me cuesta, no comprendo», sin sentir vergüenza. Por fin puedo ser yo mismo, porque nunca me he sentido tan humano como delante de Él. Llenos de este afecto, podemos empezar a mirar nuestra humanidad como Él la mira: podemos, al igual que Él, no tener miedo de ningún aspecto de nuestra humanidad.